

La última oportunidad

Fabricio Caivano, periodista (EL PERIODICO, 01/04/05)

En España --disculpen la denominación de origen-- la cuestión escolar arrastra ya un par de siglos de constituciones congeladas, leyes y reglamentos abortados, arcas vacías. La construcción de una red pública de escolaridad básica para todos, sin entrar en el sistema posobligatorio, profesional y universitario, ha sido, desde la dolido generación del 98 hasta el esperado cumplimiento del *hecho biológico* (muerte de **Franco**), la eterna cuestión política mal resuelta o preterida. Olvidemos los casi 40 años del nacionalcatolicismo, cuando las escuelas católicas elegían a sus alumnos, sometidos a una educación cuartelera, mediocre, fanática. Tres décadas de paz escolar a través de un clasismo sin disimulos.

Sólo hasta el año 1970 la ley de educación de **Villar Palasí** trató de reorganizar ese sistema educativo, poner alguna racionalidad y generalizar el derecho a la educación. Aquella ley fue el fruto de una boda, más por dinero que por amor, entre opusdeístas furtivos y tecnócratas emergentes. Empezó a levantarse un sistema educativo más acorde con un rápido cambio económico que, de una autarquía rastrera, despegaba hacia el limbo del desarrollismo consumista, formato vacas gordas. Luego, los Pactos de la Moncloa y el inacabable baile --una *yenka* ideológica-- de reforma educativa, su contrarreforma, la reforma de la contrarreforma... La LOGSE de **Maravall**, la contrarreforma del PP y, ahora, entra de nuevo en el horno del Parlamento un anteproyecto de reforma de la educación no universitaria con la que, esta vez, será el PP el que ejercitará su nuevo estilo de oposición-agitación, terreno ideológico en el que espera arraigar de nuevo.

Por eso suele interesarnos más el pasado, sus cicatrices y agravios, que el futuro y sus retos de fondo. En el largo recorrido institucional y parlamentario del anteproyecto actual --razonablemente progresista-- sin duda volveremos a las viejas e inútiles dicotomías; no hemos hecho la necesaria desamortización ideológica ni hemos revisado los envejecidos ideales pedagógicos, nacidos a finales del siglo XIX, resucitados ahora ante las nuevas cuestiones educativas del XXI. Sin entrar en la endémica cuestión de la insuficiencia económica. Dos datos ilustrativos: el déficit actual en Catalunya en la educación no universitaria se cifra en más de 2.400 millones de euros; el gasto por alumno catalán es de 3.600 euros y la media europea está en 5.900, según un informe de la Cambra de Comerç de Barcelona.

LA PRIMERA piedra es la del eterno enfrentamiento entre Iglesia (hasta ahora, la católica) y Estado, el lugar de la enseñanza de la religión (ahora, religiones). La mentalidad de la gente, creyentes o no, ha cambiado tanto y tan rápido como lo ha hecho una sociedad posmoderna, desacralizada y enfrentada a mutaciones técnicas, biológicas y éticas tan súbitas que levantan remolinos de desconcierto, inseguridad y falta de referencias. La verdad no es de nadie, sino del que la trabaja.

La segunda piedra, más reducida ya, es la persistencia del estéril enfrentamiento entre la red escolar pública y las escuelas privadas concertadas, falseado en Catalunya por dos decenios de *contabilidad creativa*, vista gorda y transparencia cero.

La tercera, para mí la de más peso, es el embalsamamiento, tan reverente como acrítico, de la aún llamada *pedagogía nueva*, una tarea de conservación a cargo, paradójicamente, del progresismo

educativo, con su gran corazón esencialista y sus intocables letanías. No es factible cambiar las instituciones educativas y sus prácticas sin una revisión radical de un, digamos, pensamiento pedagógico ingenuo, anclado en un superado discurso antiautoritario, confuso en los contenidos, sobrepasado por las nuevas realidades y acunado en la retórica, esencialista y folclórica, de los neonacionalismos con fronteras. Es la herencia que el abuelo **Rousseau** dejó a sus nietos, esos viejos soldados de un 68 conservado en la potente naftalina del mito y la pereza. Los problemas pedagógicos de hoy provienen, en buena parte, de las soluciones pedagógicas de ayer. Hay que aprender a discriminar: inventar una organización educativa radicalmente transformadora, pero también radicalmente conservadora de la fértil tradición ilustrada y humanista. Tarea agotadora, como saben muchos maestros a pie de pizarra, desconcertados, y sobre los que cae el fardo de toda la responsabilidad.

HAY EN Catalunya tres barreras propias: la doble disputa de la cuestión territorial y del modelo de fiscalidad; la apuesta europea por una educación democrática y equitativa; y la pregunta del millón (de euros): ¿qué debe saber, saber hacer y saber ser un ciudadano para andar con alguna dignidad y soltura por este siglo? Quedaría por diseñar --pacto político-- la trama social, económica y educativa capaz de responderlas.

A corto plazo tenemos tres citas para debatir la cuestión educativa y traerla a su tiempo. El Pacte Nacional per a l'Educació, una atractiva propuesta de debate y compromiso a la comunidad educativa y ciudadana (www.gencat.net/educacio/pacte); el doble encaje de la enseñanza en el nuevo marco legislativo estatal, que empieza ahora con el anteproyecto de ley, y en el Estatut.

Y, finalmente, lo viejo y lo nuevo. La configuración jurídica de una Europa culturalmente múltiple, mercado pero también identidad. Una comunidad de ciudadanos bien formados, solidarios, políglotas y listos a construir lo nuevo, aquello que aún es impensable. Ciudadanos globales, enraizados pero con piernas y sin fronteras. Estamos ante una gran oportunidad. ¿La última?